

Ariel Magnus

UN CHINO EN BICICLETA



INTERZONA

Ariel Magnus

UN CHINO EN BICICLETA

INTERZONA

INTERZONA 2º ROUND

Y en este rincón:

Magnus, Ariel

Un chino en bicicleta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Interzona Editora, 2015.

240 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-3874-15-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

© Ariel Magnus, 2007-2015

© interZona editora, 2015

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Corrección: Bettina Villar

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Arte de tapa: Guido Indij, Candelaria Espeche y Clément Trichon

Composición de tapa: Victoria Villalba

Primera edición: Buenos Aires, Norma, La otra orilla, 2007

Un chino en bicicleta ganó el Premio de Novela “La otra orilla”, en el año 2007, organizado por el Grupo Editorial Norma de Colombia junto con la Asociación para la Promoción de las Artes, Proartes. El jurado estuvo compuesto por César Aira, Nuria Amat y Santiago Gamboa.

ISBN 978-987-3874-15-4

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Sí, este es el principio del viaje.

O sea, el principio de lo real.

VÍCTOR SEGALEN

Siento el frío de la pistola en la nuca casi antes de oír la puerta del baño abriéndose de golpe, el brazo flaco y lampiño de una persona que no alcanzo a ver me cruza el pecho y me hace girar en redondo, me abrocho rápido el pantalón y avanzo empujado desde atrás, pienso con culpa en que no tiré de la cadena, quizá ni funcionaba. El baño del juzgado da a un pasillo muy angosto, al fondo un par de policías apuntan hacia mí con sus armas mientras le gritan al otro que suelte la que tengo clavada en el cuello, no sé cuál de todos los caños que me miran me da más miedo, el otro igual les hace tanto caso a los policías como yo a mi dietista y seguimos avanzando, cuando llegamos al final del pasillo los policías se repliegan, algunos me miran condolidos. Giramos a la derecha y encaramos hacia la salida del edificio, atrás queda el espejo percutido donde se refleja el relieve gauchesco-estalinista que engalana la pared de enfrente, atrás queda también la araña gigante que echa más sombra que luz sobre el conjunto y que parece a punto de desplomarse, yo por las dudas la esquivé cuando fui al baño, los policías que nos escoltan caminando hacia atrás nos hacen señas de que frenemos pero ya sin convicción, hasta parecen haberse aburrido de todo el asunto.

Es entonces que mi captor grita no sé qué cosa y yo me doy cuenta de que es Li, Fosforito, el chino pirómano al que acaban de condenar en el juicio donde yo oficié de testigo.

Porque a todo esto yo tengo el iPod puesto, por una de esas casualidades que me hacen pensar que el mundo está regido por la Gran Computadora justo en ese momento suena en mis oídos Los Tintoreros, una banda de chinos argentinos que hace rock pesado, los gritos de Fosforito se cuelan dentro de la canción y pegan tan bien con el tema que seguro voy a extrañarlos la próxima vez que lo escuche. Para avanzar más rápido o para protegerse de una eventual balacera el chino decide llevarme en andas, girando para no mostrarle la espalda a nadie pasamos por delante del juzgado número 26 donde lo acaban de condenar a cuatro años de cárcel por portación de arma de guerra e intento de incendio, me pregunto cómo hizo para escurrírsele al milico que lo custodiaba, al chino parece no costarle ningún esfuerzo llevarme en andas y eso que él es una laucha y yo más bien un lechón.

Una vez afuera Fosforito me apoya de nuevo sobre el suelo, alrededor ya se formó el clásico grupo de curiosos, parecen contratados, la gente grita cosas que no alcanzo a oír, algunos fuman en los balcones, qué raro que no esté la gente de Crónica TV. El tráfico en Paraguay está cortado, Fosforito amaga con llevarme hacia la esquina de Montevideo, después cambia de idea y vamos hacia el otro lado, se frena de vuelta, evidentemente no sabe para dónde encarar, el chino parece un porteño perdido en Pekín. Entonces se le ocurre una idea desquiciada, le apunta a un policía que estaba parapetado detrás de la puerta de su patrullero y le hace señas de que se corra, se mete conmigo adentro por la parte del conductor y me empuja hasta que quedo del otro lado, le cuesta unos segundos arrancar, después salimos arando, casi nos llevamos puestos a algunos curiosos de la vereda de enfrente.

En la esquina de Paraná no chocamos contra un colectivo porque la Gran Computadora no lo quiso, después seguimos hasta Corrientes y ahí doblamos hacia el bajo, todo esto en primera, el motor parece a punto de estallar, mi vjejo que es tachero creo que en mi lugar se muere

de un síncope. La avenida está cargada, a la altura de Libertad casi no avanzamos, Li mira desesperado el tablero, les pega con la punta de la pistola a algunos botones, me habla y ahí me doy cuenta de que sigo con los auriculares puestos, ahora suena una balada de Iron Maiden, me da lástima cortarla y me saco el auricular izquierdo nomás. Lo que el chino me estaba pidiendo era que encendiera la sirena, busco en el tablero y después en el techo, muevo perillas, alguna es la correcta y por primera vez en mi vida oigo el ulular desde adentro de un patrullero.

Afuera nadie le hace caso, que se les enfríe la pizza a esos botones coimeros deben pensar los otros, Fosforito igual acelera, toca al auto de adelante y le pasa de refilón a una viejita en la esquina, llega a la 9 de Julio y encara para la autopista, ahora sí en quinta. Cuando rompemos la barrera del peaje el chino pega un grito que tapa las sirenas, ni que hubiéramos pasado la frontera con México y ya fuéramos libres, a la izquierda se ve la villa. Li deja el arma contra el parabrisas y sonriéndome me guiña un ojo, o está loco o es un maestro, el chino este, supongo que las dos cosas, y que por eso me cayó simpático desde el principio.

Mi historia con el chino pirómano también empezó con un patrullero y unas sirenas, fue la noche del 2 de septiembre de 2005, yo volvía de lo de mi novia, habrán sido las dos o tres de la mañana, cuando pasó un patrullero metiendo ruido en el sueño de la gente y en mis auriculares, tráfico que despejar no había. Vi que se paraba junto a otro patrullero en la esquina de Avenida La Plata y Guayaquil, al parecer habían detenido a alguien, algo raro para la zona porque yo la caminaba varias veces por semana y lo único que encontraba eran ladrones, tres veces había sido asaltado y salvo algún cabo jugando con su teléfono móvil nunca había visto nada parecido a una autoridad.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ramiro. Ramiro Valestra.

—¿Edad?

—25.

—¿Tenés los documentos encima?

—Sí.

—Entonces vení conmigo que salís de testigo. Y sacate los auriculares cuando te hablan.

Además de cuatro policías y del detenido había otra persona, un segundo testigo al que yo le veía cara conocida, después me acordaría de dónde, sobre el capó de uno de los patrulleros estaban desplegados una pistola y cartuchos, una botella llena de algo raro, fósforos, una piedra, una billetera, apoyada contra el guardabarros había una bicicleta y parado detrás, la cabeza alzada y la mirada tranquila, Li, el incendiario que luego se haría famoso bajo el apodo de Fosforito.

Debía tener más o menos mi edad, era bastante alto para ser un chino, bastante rellenito también, tenía el clásico flequillo indómito de sus compatriotas y la cara muy blanca, sus labios casi no se veían de tan finos pero parecían estar todo el tiempo a punto de sonreír, cada tanto cerraba los ojos ya bastante cerrados como si hiciera foco para ver bien de lejos.

Estaba vestido exactamente igual que yo, zapatillas, jeans, remera, camperita liviana, y a falta de aros en las orejas llevaba cadenas en el cuello, tal vez fue esa coincidencia lo que me hizo simpatizar con él desde el principio, tal vez se debió a que nunca había visto a una persona esposada o a que, como casi todos los delincuentes, Li no tenía cara de serlo.

Mientras un policía labraba el acta y nos iba explicando qué es lo que veíamos, la pistola “nueve milímetros lista para su uso inmediato con cartucho de repuesto de 30 proyectiles”, la botella “de Coca-Cola de 500 mililitros o sea medio litro aproximadamente llena de líquido amarillo de aroma similar a la nosta”, una caja de fósforos “marca Los Tres Patitos”, una piedra “del tamaño de un puño”, una billetera con “setecientos dieciocho pesos argentinos”, mientras nos leían lo que íbamos a tener que firmar yo trataba de acordarme de dónde conocía al otro testigo, tenía una de esas caras que uno no sabe si frecuentó bastante hace mucho tiempo o apenas hace muy poco. Me acordé de golpe cuando él me miró con gesto de que mejor me lo olvidara, era uno de los ladrones que me habían asaltado en la zona, el último para ser precisos, las zapatillas que llevaba puestas eran mías.

Disimuló mi consternada sorpresa el frenazo del camioncito de Crónica TV, siempre firme junto al pueblo, se había metido en Guayaquil a toda velocidad y de contramano como un patrullero más, el chofer saludó a uno de los policías con fraternidad sospechosa. El que escribía el acta se apresuró a taponarle la cara a Li pero el amigo del chofer lo frenó a tiempo para que la cámara pudiera hacer algunas tomas, después las luces se concentraron en las evidencias del crimen mientras el de mayor rango se peinaba el pelo y los bigotes, las preguntas se las hizo el mismo chofer ahora en su papel de periodista.

—¿Cómo se produjo la detención, señor comisario?

—El sujeto viene circulando de contramano en su bicicleta por la calle Guayaquil y viendo el patrullero inicia una acción de fuga llamando la atención de los efectivos que procediendo a detenerlo le confiscan un arma y otros objetos comprometidos.

—¿El delincuente sería el pirómano que asola el barrio hace semanas?

—Bueno, eso lo debe determinar la justicia, pero yo pienso de que sí.

—¿Cuál es el origen de este malviviente?

—Según las primeras pericias sería un hombre de nacionalidad oriental, como se puede observar a ojos vista.

Cuando la cámara se volvió hacia nuestro lado el chorro ya se había ido, ni lo vi firmar los papeles, a Li lo habían encerrado en el móvil y lo tuvieron que sacar de nuevo para que Crónica registrara el acontecimiento, por lo que había podido escuchar lo acusaban de ser el que estaba incendiando mueblerías en Buenos Aires, ya podía ver los títulos en blanco sobre colorado con musiquita de fanfarria de fondo, Sátiro de las mueblerías era chino, Chino incendiario planeaba nuevo golpe, después me enteré del apodo Fosforito, a los de Crónica no hay cómo ganarles.

El patrullero arrancó con las sirenas encendidas por las calles desiertas y la cámara lo siguió hasta que se perdió en la esquina, después me enfocaron a mí mientras firmaba el acta y me hicieron algunas preguntas, yo no sabía nada pero igual contesté, la gente hace cualquier cosa por estar un rato en la tele, igual lo mío no debe haber sido muy revelador porque no me pusieron, nadie me vio al menos, los de Crónica guardaron sus aparatos y los policías sus evidencias, se fueron juntos por La Plata.

La verdad es que yo nunca había sido testigo de nada, ni siquiera de un casamiento o de un bautismo, en mi inocencia pensé que eso era todo cuando solo era el principio y me fui contento con la nueva anécdota, la noche parece muerta pero es cuando más cosas ocurren. Lo único que me inquietaba era saber que el chorro andaba por la zona, sabía que conocerlo no era ninguna ventaja, en el asalto anterior

había querido jugarla de amigo diciendo que era la quinta vez que me robaban en la misma cuadra y que si no me hacía descuento por cliente fijo, el flaco me robó igual pero al irse me sonrió, yo creo que eso lo terminó delatando, de un ladrón que te sonríe uno no se olvida tan fácil.



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA